

“En su cama” y “El vencedor”, dos cuentos de Emilia Pardo Bazán¹

Ricardo Axeitos Valiño

Patricia Carballal Miñán

En esta colaboración transcribiremos dos cuentos de Emilia Pardo Bazán, desconocidos hasta ahora, y con los que queremos contribuir al corpus de la obra cuentística de la autora. Hasta el momento, ninguno de ellos ha aparecido recogido en ni en el catálogo de Nelly Clemessy², ni en la edición de *Cuentos Completos* realizada por Paredes Núñez³. La razón es que, como en muchos otros casos, la escritora no incluyó ninguno de estos relatos en sus volúmenes de cuentos y ambos quedaron olvidados en las páginas de la prensa de las primeras décadas del siglo XX⁴.

El primero de ellos, titulado “En su cama” apareció en la revista mensual *Mondariz. Suplemento a la Temporada*, publicación auspiciada por la familia Peinador, propietaria del Balneario de Mondariz. Esta publicación, de esmerada factura, con numerosas ilustraciones y colaboraciones literarias, apareció en 1915 y -como su nombre indica- fue suplemento de *La Temporada en Mondariz*, semanario gratuito que se distribuía entre los huéspedes del centro.

¹ Agradecemos a D. Xosé Ramón Barreiro Fernández, Presidente de la Real Academia Galega la localización del cuento “El vencedor”, de las páginas del diario madrileño *El Sol*.

² Clemessy, Nelly (1972): *Les Contes d’Emilia Pardo Bazán (essai de classification)*, Nelly Clémessy, Paris: Centre de Recherches Hispaniques.

³ Pardo Bazán, Emilia (1990): *Cuentos Completos*, Juan Paredes Núñez (ed.), A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.

⁴ En los últimos años, como es sabido, varios investigadores fueron dando noticia de cuentos olvidados en la prensa: Juliana Sinovás Mate rescató seis cuentos de varios diarios bonaerenses; Ángeles Quesada uno del madrileño *El Día*; Saiz Viadero y González Herrán dos de la prensa santanderina, y Cristina Patiño Eirín, Araceli Herrero Figueroa, Silvia Carballido Reboredo y María del Mar Novo Díaz, varios de la prensa gallega. Junto con los dos cuentos que recuperamos aquí, también aparecen, en este número de *La Tribuna. Cadernos de Estudo da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, nuevos cuentos transcritos, nuevamente por Cristina Patiño Eirín y por María del Mar Novo Díaz.

En el número anterior de *La Tribuna*, Yolanda Pérez Sánchez⁵ estudiaba la vinculación existente entre el balneario y la escritora coruñesa, quien solía pasar en este establecimiento termal largas temporadas estivales. De hecho, si nos acercamos a *La Temporada en Mondariz* nos encontraremos, además de con la firma de D^a. Emilia, con el testimonio estas visitas, que solía realizar junto con su familia y, en ocasiones, junto con otros viajeros ilustres, como es el caso de Blanca de los Ríos, con quien acudió doña Emilia al balneario en el verano de 1903⁶. Además, Pardo Bazán mantuvo durante toda su vida una gran amistad con la familia Peinador. Las páginas de *La Temporada* nos relatan episodios de esta cordial relación, como fueron el bautizo de la primera nieta de Enrique Peinador, cuya madrina fue Carmen Quiroga⁷, o el anuncio por parte de la publicación de la recaudación para erigir un monumento a doña Emilia, en la que colaborarían con una importante suma, tanto los propietarios como los empleados del balneario⁸. Por ello, no es de extrañar que colaboraciones de la escritora estén presentes en las publicaciones editadas por el centro termal, como ya citaba en su artículo Yolanda Pérez Sánchez. La firma de Pardo Bazán aparece ya en 1903, en *Las aguas de Mondariz: álbum guía*⁹, en *Aguas medicinales bicarbonatadas-sódicas de Mondariz (Galicia): Fuentes de la Gándara y Troncoso*,¹⁰ en *Aguas*

⁵ Pérez Sánchez, Yolanda (2006): “La escritora en el balneario. Emilia Pardo Bazán y Mondariz”, en *La Tribuna. Cadernos de estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm 4, pp. 271-290.

⁶ “En las Torres de Meirás” y “Cosas de aquí”, en *La Temporada en Mondariz*, 06/09/1903.

⁷ “Cosas de aquí”, en *La Temporada en Mondariz*, 08/09/1912

⁸ “A Emilia Pardo Bazán”, en *La Temporada en Mondariz*, 02/06/1905.

⁹ publicado en Madrid, en el Establecimiento Tipográfico Sucesores de Ribadeneira. En este folleto Pardo Bazán edita “Mondariz” (pp. 30-33) artículo que ya había publicado, con ligeras modificaciones, en su sección “La Vida Contemporánea” de *La Ilustración Artística* el 22/08/1898.

¹⁰ Este folleto fue editado en Valencia [s. n.], [s. a.] (Imprenta y litografía de José Ortega). La escritora escribía aquí: “Si deseáis conocer, sorprender en la vida diaria a los escritores españoles de renombre, a los políticos de talla: a Mondariz. Por allí ha desfilado, ha pocos años lo escogido de la inteligencia española. Sobre el surtidor de estos manantiales podría escribirse: “Aquí se curan los estragos del pensamiento y los daños de la civilización”, *Op.Cit.* pág. 9.

de Mondariz¹¹ y en *Mondariz-Vigo-Santiago. Guía del Turista*¹². En la revista *Mondariz. Suplemento a La Temporada* se publicaría, pues, el relato que ahora tratamos, “En su cama”, el 20 de diciembre de 1915. Un año más tarde, el 20 de julio de 1916 la revista también reproduciría el artículo de Pardo Bazán “Crónicas de España”¹³.

“En su cama”, toca el tema de la medicina, muy apropiado para la revista y se centra en la valentía de un tranquilo médico de provincias que arriesga su vida para probar un nuevo antídoto contra el cólera. La verdad, es que el cuento recuerda vagamente a uno de los episodios de la vida de uno de los fundadores del balneario, Sabino Enrique Peinador Vela, quien había destacado en su labor para luchar contra la viruela hemorragia en la localidad pontevedresa de O Grove, hecho por el cual se le había concedido, en 1873, la Cruz de Epidemias.

También de la valentía, esta vez de un grupo de mujeres indianas, trata el segundo cuento que transcribimos, en esta ocasión de un diario de muy diferente cariz al de la revista balnearia. El relato “El vencedor” apareció el 13 de agosto de 1919 en el “Primer suplemento dedicado a Galicia”¹⁴ del periódico madrileño *El Sol*. Esta ilustre publicación, que se convertiría en el diario de mayor influencia en los años anteriores a la Segunda República, había nacido dos años antes, en 1917, por iniciativa del empresario Nicolás María Urgoiti y del intelectual José Ortega y Gasset. Ya desde su comienzo, había prestado gran atención a la vida de provincias y a sus respectivos movimientos intelectuales. En este número, dedicado como hemos dicho

¹¹ Pequeña publicación que salió a la luz en Madrid, [s.n.], [s.a.] (Imp. F. Mateu). Pardo Bazán declaraba aquí: “En otro tiempo, los viajeros afluían a Santiago de Compostela, buscando la salud del alma. Ahora, la misma pintoresca confusión de lenguas que en las naves de la Catedral de Mateo y de Gelmírez resonaba, puede encontrarse en este álbum, donde brilla un reflejo de Europa, entre la sombra verdiazul de los pinares gallegos. Acuden de todas partes pidiendo al agua maravillosa un poco de vida, un poco de bienestar, al alivio de los males tenaces e insidiosos. El ideal de la región sería enlazar ambas peregrinaciones, restaurar al Apóstol y hacer más intenso, si cabe, el culto de la Driada de estos manantiales. ¿Por qué no hemos de esperar que aquí se renueven los esplendores de la Compostela antigua, la hermosa Babel a que aspiramos? Europa está enferma, y aquí palpita la vida y la curación mana de las dos fuentes”, p. [38]

¹² Madrid, Sucesores Rivadeneyra, 1912. Se reprodujo aquí el artículo de doña Emilia “Las residencias señoriales”, pp. 30-36, que ya había sido publicado en *La Temporada en Mondariz* los días 20/09/1912 y 06/10/1912.

¹³ Artículo publicado por la condesa un año antes en *La Nación*, 01/10/1915.

¹⁴ Tal y como se nos informa en la portada del número.

a Galicia, encontramos también a otros conocidos escritores gallegos. Por ejemplo, en la misma página en la que aparece “El vencedor”, se publica un poema del también coruñés Manuel Linares Rivas.

Tanto este cuento, como el publicado en *Mondariz. Suplemento a La Temporada* fueron escritos por la autora en los últimos años de su vida. Sin embargo, son dos piezas narrativas muy diferentes entre sí. “El vencedor”, a diferencia de “En su cama”, es un relato histórico, centrado en las peripecias de los habitantes de una ciudad indiana del s. XVII durante el asedio de unos bucaneros franceses. Sus protagonistas son un grupo de mujeres valientes que tratan de hacerle frente a los piratas, capitaneados por un tal Villiers. Destaca en el relato, la utilización de la ironía, uno de los rasgos habituales en la narrativa breve de Pardo Bazán, quien, en vez de finalizar el relato con un violento desenlace como espera el lector, muestra la debilidad del bucanero Villiers, enternecido ante la mirada de un niño, que le recuerda a su propio hijo.

Nota a la edición

Trascribimos los cuentos de las ediciones citadas, modernizando su ortografía y puntuación. Corregimos también, los errores -sospechamos que tipográficos- que contienen los dos textos.

“En su cama”

Mondariz. Suplemento a La Temporada , 20 julio 1916, pp. 130-132.

Salvador Torrijos era muy considerado en la ciudad de Ansora, donde ejercía la Medicina. Se le auguraba un gran porvenir en su profesión. Sin embargo, se le tenía un poco de miedo. A cada enfermo que asistía, se enteraba Ansora de alguna novedad extranjera, aplicada por primera vez. Corría la voz de que hacía experimentos peligrosos. Y la eterna discusión entre los partidarios de los sistemas consagrados y conocidos y los perseguidores de la última moda, se enredaba en el café del Norte, mentidero de la ciudad, y en el Casino, disputadero universal, muy acaloradamente.

Salvador, por lo regular, no concurría al Casino ni al café. No era que desdeñase la distracción; pero no tenía tiempo disponible, pues entre la clientela y la lectura incesante de revistas y obras técnicas, no le sobraba un minuto. Sólo los domingos se dejaba arrastrar a unas partidas de ajedrez con su futuro cuñado, el teniente de Infantería Mauricio Romeral, con quien había hecho, desde el primer instante, excelentes migas.

También el padre de su novia, el opulento D. Darío Romeral, fabricante y contratista de paños, le trataba ya como a hijo, y le había confiado sus temores de que aquel mala cabeza de Mauricio se emperrase en ir destinado al África.

-Disuádele tú -repetía.- Ya que no hemos podido reducirle a que siguiese otra carrera menos peligrosa, siquiera, que no corra el albur sin necesidad. Cuando le toque, bueno, hombre, habrá que aguantarse; pero eso de buscar ruido por gusto... Nada, nada, a ti te encargo de que me lo sosiegues... ¡Que se eche novia, que se case él también, ea, a ver si así...!

Unas lágrimas de Camilita, la prometida del médico, esforzaron más la pretensión del padre.

-Y, gracias a Dios, que tú, por lo menos, tienes un oficio en que no hay riesgo de la vida... Ya me lo dijo papá: que autorizaba nuestras relaciones a fin de tener en casa a un hombre formal, alguien para cuando faltase él... Tú sujeta a Mauricio. A ti te escucha. ¡Tan bien como hablas! añadió, fijando una amorosa mirada en su novio.

Acometió Salvador la empresa, después de atizar un par de mates al muchacho, y en un rincón del Casino, no muy concurrido a tal hora.

-Mauricio, atiende... Mira que haces muy mal... Tu padre está viejo, cansado; no debieras darle disgustos, sino ayudarle...

-Ayúdale tú -contestó Mauricio, expansivamente-. ¿Qué más te da renunciar a firmar recetas? Ponte al frente de todo; si te lo agradezco. Haz mis veces.

-¿Y por qué he de ser yo, vamos a ver? El hijo eres tú.

-Sí, convenido ¿Y qué tenemos? No voy a desmentir ahora mi vocación de siempre. Yo no nací para vender piezas de paño. Sueño otras cosas, ¿qué quieres? -añadió con un luz de ilusión en sus ojos árabes, juveniles. -¡Tengo aspiraciones, vaya! O poco he de poder, o mi nombre ha de quedar escrito... Cuando pienso en un página de gloria, Salvador, todo lo desprecio; me corre un escalofrío por el espinazo. Será una tontería... No renuncio a ella por cuatro puñados de dinero, ¿entiendes?

Callaba el médico, dando chupadas al cigarro con nerviosa impaciencia.

-¿Y de dónde sacas -exclamó al fin- que los demás no pensamos en una página de gloria? Cada uno tiene su alma en su almarío... También somos gente los mediquillos ¡Imagínate, si pudiese yo llegar a donde llegaron los Lister, los Pasteur, los Koch!

-Corriente... No estás sin tu ideal... Sólo que tu ideal es pacífico, es incruento... Ideal de morir en tu cama... Y yo -afirmó Mauricio con poético

EN SU CAMA

SAMARON TORRES era muy considerado en la ciudad de Amorru, donde ejercía la Medicina. Su fama seguía gran porvenir en su profesión. Sin embargo, se le tenía un poco de miedo. A cada enfermo que acudía, se estrecha Amorru de alguna variedad estranjera, apurada por primera vez. Corría la voz de que había experimentado peligrosos. Y la estera discurría entre los partidarios de los sistemas contrarios y ecodoid y los partidarios de la última moda, se mezclaba en el café del Norte, mendicando de la ciudad, y en el Casino, desplazando sus vestales, muy modestamente.



Salvador, por la capital, no comenara al Casino ni al café. No era que desdichado la distancia pero no tenía tiempo disponible, pues entre la clientela y la lectura incesante de revistas y obras médicas, no le sobraba un minuto. Sólo los domingos se dejaba se ir a una partida de golf con un futuro médico, el traslado de Infanzón. Mientras Romero, con quien había hecho, desde el primer instante, excelentes amigos.

También el padre de un novio, el apuesto D. Darío Romero, favorable y contrario de padre, lo trataba ya como hijo, y le había confiado sus negocios de que siguió más estaca de Métrico se empezara en el destinado al África.

«Dígame tú», decía.—«Ya que no he podido alcanzarle a que signifique otra carrera antes pelagosa, alguna, que me permita al menos la necesidad. Cuando la toque, bueno, bueno, habed que aguantar; pero no de basar ruido por gusto. Nada, nada, si él le encargó de que me lo aconsejase, a ver si así.»

«Una ligazón de familia, la promesa del marido, esforzaron más la pretensión del padre.»

«Y, gracias a Dios, que tú, por lo menos, tienes un oficio en que no hay riesgo de la vida. Ya me lo dije papá que autoraba nuestras relaciones a fin de basar en casa a un hombre formal, alguien pero cuando fallase él. Te visita a Mauricio. A ti se

acorda. Han sido como talad—acordó. Estando una sucesión mirada en su novela. Acordado Salvador la empresa, después de estar un par de meses en el extranjero, y en un rincón del Costo, no muy concurrido al hora.

«Mauricio, mira que haces muy mal. Tu padre está viejo, cuando no debiera darle dinero, sino ayudarle.»
 «Ayúdalo tú.—Contigo Mauricio, expresivamente.—¿Qué más te da responder a firmar recibos? Pasa al frente de todo, si te lo agradezco. Haz así venes.»

«¿Por qué le das ser yo, venos a ver? El hijo eres tú.»

«Si, convencido. ¿Y qué tenes? No voy a desmentir ahora mi vocación de siempre. Ya no me voy a vender piezas de papa. Bueno otros cosas, qué quisiera—aludió con una luz de fondo en sus ojos fríos, juveniles.—Tengo aspiraciones, voy a Oporto tan de poder, si el nombre ha de quedar escrito.—Cuando pongo en una página de gloria, Salvador, todo lo dispongo, me corre un mesafre por el espíritu. Será una tontería. No momento a ella por cuatro pagados de dinero, ¿verdad?»

«Cifras al médico, dando chaparal al cigarro, cuando son nervios inspeccionales.»
 «Y de dónde viene—añadió el hijo—que los demás no puzamos en una página de gloria? Cada uno tiene su alma en su almario. También somos gente los mediquillos, ¿imaginas, al pedazo yo llegar a donde llegaran los Luter, los Cantor, los Koef?»

«Corriente. No estás sin tu ideal. Sólo que tu ideal es pacífico, es inerte.—Ideal de muerte en tu cama. Y yo—afirmó Mauricio con pedida familiar—corro tras de una suerte diestra. ¡Peligro! No de él me acuerdo. Ni siquiera pienso en él peor, que pueda contarme una pieza, dejarme inventado. Te juro que nunca se me ocurren tales cosas. Estoy seguro de que Mauricio Romero gana cuanto honor hay que ganar en el mundo.»

Por consiguiente, ayúdame a pagarle a papá y a Curule, para mi reproducción es irrevocable. Dices que no es. Y en cambio llegas la correa de J. Alderico de la Carrera, ¿verdad? En compañía. No me hablas de que—



darme su Amorru vegetando como un tanto. ¡Paco provecho!»
 De qué se le habla. Los ojos siguen brillando. La nariz, fina, se dilataba modestamente. Rota con una especie de guacalote.

«¿Qué, yo ante un momento?—Inañ, como último recurso, Salvador.»
 «¡Pé! Caramiento.—Los días a doct.—Ahora, de Nueva Pradol.—Una solución. Una moneda.—Bueno, pensará más un momento cuando vuelva con la familia, con la obra, con el empleo ganado a pulso. Lo demás son bobalacas.»

Salvador, al contrario, declaró que anhela tener y establecido un hogar, un sitio cálido. Hecharlo y sus hermanas se van ya con su sujeción, leyendo mientras ella trabaja, y en el ángulo del gabinete la cura. Blanca. Una mirada de última mirada de la salud del corazón al teatro ante perspectiva tal; pero aquel día de Mauricio.—Y no había para el momento.

No aquellos la culpa—deseñó al hermano.—Mi hermana, bueno que se separa. Papá, por aquello de ser papá.—Pero tú, tu hermano, curule! ¡Hay que tener el corazón mejor cogido y darme de colateral.»

«Colateral?—Remaba la palabra. Salvador, cuando, tres días después, preguntaba la madre para salir hacia Madrid en el tren de la noche.»

«¿Por qué no saldré?—ayudaba para él.—Me parece que no. Voy tranquilo, frío. Nada me haría cambiar de resolución. Al despedirme de Camila, que no sabe el objeto de mi viaje, ni cómo, ni qué le respondo, se decía contenta, no lo mostraba entusiasmo alguno. ¡Das frías! Bueno, ahora sí que parece que me entusiasmo algo.—Camila! ¡Será un día dichoso el que—. En fin, mañana. A lo que estamos.»

Y cuando se preparaban, notándose al glándula mandada de Elicotes, revistas, apuros entre.

«Cuando llego a Madrid, de madrugada, se verá propiamente, se verá el mundo al Hospital.»

Te lo esperaba, ayúdame a ser cuando el director amado y habló con calma, sin separación.

«¿Ente usted un querer?»
 «Si, más que nunca.—¿Verdad el médico. ¡Dígame que los tres han llegado.7
 «No, los largo desde ayer. Fíjate usted en

MONDARIZ

la que va a hacer, el experimento es arriesgado.
 «Te lo sé. No lo importa. Algún día lo realizaré.—Será yo. A los tres, sin embargo, de aspecto mal. Por primera vez el caso de frío me suscitó, con sus pasajes y sus solaciones trágicas. ¡Dígame!»

Se acordó de Camila, de la blanca visión de la muerte en el ángulo del gabinete.— ¡Paci paciencia.

«No, ¡yo soy colado—se aferró al propio, solacemente.
 Y se dispuso para irse. Los talos eran dos uno contra el baño del morbo, que no perdona; otro la izquierda que mira. Primero se inclinó al viento, luego el contraviento. Volvió a respirar, sin temblar. Al contrario, creía percibir una exaltación, un presento donde de los equívocos, y repetía mentalmente.

«Una página de gloria.—de gloria. Al aparecer era ven en la estancia de Amorru ya tenía madre. Si, habré una especie de hondo entonamiento, período del octubre.»

«Es lo natural. Para que el experimento valga, tease que sufrir el mal; pero así como ligera.—¡Dígame! ¿verdad?»

Se acordó, más un aviso a su colega, la explicó el caso, le encargó silencio. Pero la prensa de Madrid había hablado, citando el nombre del valeroso médico que quiso hacer la prueba de la nueva vacuna, llamada a suprimir el color, que comenzaba muestra pasante y ostra el cual había que adoptar los mayores precauciones. Y la ciudad entera, preguntando, mirando, y comenzando a borrar los diarios locales. No obstante, la casa del apuesto se alzó, porque, desde el primer momento, el otro facultativo, más la traza resalada a poseer de la vacuna, del desentusiasmo prodigioso, aquello era el oficio, con todos los de la ley. Y no se le consentió a su novio si a nadie acercarse al edificio, por decirlo mejor, al moribundo. Sólo aquel «canta saliendo de la mano» el día hizo solo otro, estar en compañía. Y, así el padre, horrorosamente descomulgado, llevó, la salud al recuerdo de una conversación muy reciente, y pesada, vendiendo un artículo, y descomulgado con respeto.

«¿Bueno como un héroe.—y en su casa? La COMEDIA DE PABLO BAZÁN



“En su cama”, conto de Emilia Pardo Bazán en Mondariz. Suplemento a la Temporada, 20/12/1915. Biblioteca da Real Academia Galega.

fatalismo- corro tras de una suerte distinta ¿Peligro? Ni de él me acuerdo... Ni siquiera pienso en lo peor, que pueden cortarme una pierna, dejarme inválido. Te juro que nunca se me ocurren tales cosas. Estoy seguro de que Mauricio Romeral ganará cuanto honor hay que ganar en el mundo. Por consiguiente, ayúdame a engañar a papá y a Camila, pues mi resolución es irrevocable. Diles que no iré. Y en cuanto llegue la orden del Ministerio de la Guerra, ¡arriba! En campaña. No me hables de quedarme en Ansora vegetando como un tonto... ¡Buen provecho!

De aquí no se apeaba. Los ojos negros le brillaban. La nariz, fina, se dilataba ansiosamente. Reía con una especie de gozo heroico.

-Y qué, ¿no estás enamorado?- lanzó, como único recurso Salvador.

-¡Pch! Crónicamente... De diez o doce... Ahora, de Nanita Prado... Una tobillera... Una monada... Bueno, pensaré más en serio cuando venga con la heridita, con la cruz, con el empleo ganado a pulso... Lo demás son boberías.

Salvador, al contrario, declaró que anhelaba tener ya establecido su hogar, su nido dulce. Huérfano y sin hermanos, se veía ya con su mujercita, leyendo mientras ella hacía labor, y en el ángulo del gabinete la cuna blanca. Una oleada de íntima alegría le subió del corazón al rostro ante perspectiva tal; pero aquel diantre de Mauricio... Y no había para él razones.

-No agaches la cabeza- declaró el teniente-. Mi hermana, bueno, que se apure... Papá, por aquello de ser Papá... ¡Pero tú, un hombre, caramba! Hay que tener el corazón mejor colgado y dejarse de cobardías...

¡Cobardías! Rumiaba la palabra Salvador cuando, tres días después preparaba la maleta para salir hacia Madrid en el tren de la noche.

-¿Soy yo cobarde? -cavilaba para sí-. Me parece que no. Voy tranquilo, frío. Nadie me haría cambiar de resolución. Al despedirme de Camila, que no sabe el objeto de mi viaje, ni acaso, aunque lo supiese, se daría cuenta..., no he mostrado emoción alguna ¡Tan fresco! Bueno, ahora sí que parece que me conmuevo algo... ¡Camila! Sería un día dichoso el que... En fin, adelante. A lo que estamos...

Y acabó sus preparativos, metiendo en el *gladstone* multitud de libretos, revistas, apuntes sueltos.

Cuando llegó a Madrid, de madrugada, se lavó precipitadamente, se aliñó y corrió al Hospital.

Ya le esperaban, avisados de su venida. El director acudió y habló con calma, sin aspavientos.

-¿Insiste usted en querer...?

-Sí, más que nunca- afirmó el médico. ¿Supongo que los tubos han llegado...?

-Los tengo desde ayer. Piense usted en lo que va a hacer; el experimento es arriesgado.

-Ya lo sé. No importa. Alguien ha de realizarlo... Seré yo.

Ante los tubitos, sin embargo, de aspecto tan inofensivo, sintió un poco de frío moral. Por primera vez el asco de la muerte se concretó, con sus pavores y solemnidades trágicas. ¿Morir?

Se acordó de Camila, de la blanca visión de la cunita en el ángulo del gabinete... Fue pasajero.

-No, no soy cobarde- se afirmó a sí propio, noblemente.

Y se despojó para inyectarse. Los tubos eran dos: uno contenía el bacilo del morbo, que no perdona; otro la inyección que salva. Primero se inoculó el virus, luego el contraveneno. Volvió a vestirse, sin temblor. Al contrario, creía percibir una exaltación, un generoso desdén de los egoísmos, y repetía mentalmente:

-Una página de gloria... de gloria.

Al apearse otra vez en la estación de Ansora ya tenía fiebre. Sí, fiebre; una especie de hondo estremecimiento, preludio del calambre.

-Es lo natural... Para que el experimento valga, tengo que sufrir el mal; pero será cosa ligera... ¡Estoy vacunado!

Se acostó, mandó un aviso a un colega, le explicó el caso, le encargó silencio. Pero la prensa de Madrid había hablado, citando el nombre del valeroso médico que quiso hacer la prueba de la nueva vacuna, llamada a suprimir el cólera, que amenazaba nuestros puertos y contra el cual había que adoptar las mayores precauciones. Y la ciudad entera preguntó, afanosa, y entonaron himnos los diarios locales. No obstante, la casa del apestado se aisló, porque, desde el primer momento, el otro facultativo notó la triste realidad: a pesar de la vacuna, del descubrimiento prodigioso, aquello era el cólera, con todas las de la ley. Y no se le consintió a su novia ni a nadie acercarse al enfermo, por mejor decir, al moribundo. Sólo aquel "mala cabeza" de Mauricio logró, el diablo sabe cómo, forzar la consigna. Y, ante el rostro, horriblemente descompuesto, lívido, le asaltó el recuerdo de una conversación muy reciente, y pensó, verdaderamente afligido, y descubriéndose con respeto:

-¡Muere como un héroe... y en su cama!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

Cuentos Españoles

“El vencedor”

El Sol (Primer suplemento dedicado a Galicia), 19 de agosto de 1919,
p.14.

No se dormía con tranquilidad una noche en la plaza fuerte desde que era cosa segura que iban a ser atacados. Y no por un golpe de aventureros que buscaban en la piratería un provecho vergonzoso y arriesgaban la horca ante la perspectiva de mezquino botín, sino por una escuadra de bucaneros, aguerrida, bien tripulada, en cuya proa la bandera de las lises significaba el poderío creciente y sólido de Luis XIV.

La plaza, mal guarnecida y mal artillada, no se encontraba dispuesta a resistir largos e impetuosos asedios. De sorpresa no la cogerían, porque el gobernador, aquel Naharro, a quien los indios habían truncado en un combate la mano derecha, tenía tomadas sus precauciones para no dejarse saltar. La vigilancia era escrupulosa, y ni de día ni de noche se interrumpía. Para dar descanso a los varones que habían de defender la fortaleza habíanse puesto de acuerdo las mujeres y organizado, entre sí, la guardia nocturna. La esposa del gobernador, doña Teresa de Saavedra, las mandaba. Y algunas veces, al encontrarse rodeada de su singular milicia, se le escapó a la señora decir:

-Para algo más que rondar de noche servimos nosotras. Ya se verá cuando llegue el caso.

Estos conatos de acometividad los reprimía el Manco con un gruñido violento y brusco.

-No buscar tres pies al gato, doña Teresa de mis entrañas... Cosas son éstas de hombres, y vuesa merced me ha salido hombruna... Son hombrunas todas cada una se cree una Monja Alférez. Vigilen bien y harto harán con ello.

Más no fue de noche, sino de día, y muy claro, cuando la enemiga escuadra se dejó ver, formada en orden de batalla, y a poco, una canoa, conduciendo a un parlamentario, vino a atracar al pie del castillo. El Manco dio al mensaje por respuesta cerrada negativa. La fortaleza no se rendía, y podía el señor almirante enemigo intentar tomarla cuando gustase.

Mientras tanto, en la ciudad se encendían los cirios de las iglesias, y el vecindario corría por las calles, más curioso que medroso. Los que eran dueños de un arma, la empuñaban. Muchos escondían precipitadamente los objetos de valor, enterrándolos en ocultos rincones. Las damas de calidad, habituadas por doña Teresa a no permanecer recogidas en sus casas, a tomar parte en la vida ciudadana, se agrupaban por instinto, y hablaban de ir a ofrecerse

a Naharro para coger un mosquete. No se atrevieron, por fin, pues sabían el parecer de aquel rudo soldado, y todavía encontraban que había estado condescendiente al permitirles organizarse en ronda... Y con todo eso, ellas sentían un impulso de ayudar a la defensa, un ansia heroica y hasta un afán de sacrificio. Lejos de la gran patria, en aquella plaza española, atacada sin cesar de piratas y acometida de fiebres, el heroísmo era el único sabor fuerte de la vida. El ansia de la emoción les agitaba el pecho bajo el corpiño rígido que la moda del siglo XVII les imponía hasta en aquellas lejanas costas.

Un ruido cavernoso vino a estremecerlas. El cañón de los asaltantes hacía su primer disparo. Ningún daño sufrió la fortaleza. Por ese lado, seguros estaban Naharro y los suyos. Los navíos no podían acercarse tanto que las balas hiciesen estrago en las fortificaciones. Inofensivas, caían al mar, y allí se apagaban con un rugido. Los buques que intentaban acercarse más se veían en riesgo de encallar en la arena. No era así como se tomaría el fuerte. Y el almirante, el famoso Villiers, por sobrenombre *l'Avancé*, bretón de raza y filibustero por vocación, dispuso el desembarco.

-Perderemos mucha gente -declaró a su segundo-, porque estos castellanos tienen el diablo en el cuerpo... Desebarcaremos de noche, atacaremos a la madrugada, y supongo que el asunto se resolverá antes de que la jornada transcurra. Debe haber en la ciudad oro a puñados, vino español a cientos de barricas y mujeres no feas, si se parecen a la del gobernador, que desde las almenas nos ha saludado con su pañuelo cuando tronó nuestro primer cañonazo sin tocarles ¡Qué valentona! Ahora, a preparar el desembarco y a no olvidar las escalas: que estén bien aseguradas, no se vayan a romper y a soltar racimos de hombres... ¡Bastantes van a dejar aquí sus huesos!

Despuntaba, en efecto, el amanecer cuando los bucaneros llegaron a la callada, bajo los contrafosos del castillo. Los defensores, coronando el reducto, les hacían horrible fuego. Las escalas, sacudidas y zamarreados sus montantes por vigorosos puños, se deplomaban al foso con su carga de gente. Se cumplía el anuncio de Villiers: la acometida costaba cara. Mas eran muy superiores en número aquellos duros bucaneros, indiferentes a la muerte, sedientos de pillaje, y que trepaban por las escalas como gatos monteses enrabiaados. Sobre el hacinamiento de cadáveres subía y subía un hormiguero, y al paso que iban ascendiendo, los defensores no retrocedían, pero desaparecían. Nadie puede, después de muerto, resistir. Media hora después, el Manco era prisionero, y doña Teresa lo mismo. El francés, galante, hizo ademán de besar la mano, negra de pólvora, de la defensora, que le miraba fríamente, con retadora arrogancia.

Antes de que el sol tramontase entre las rojeces del crepúsculo, eran dueños de la ciudad los bucaneros. Rigurosas instrucciones de Villiers regularizaron el saqueo, pues estaba habituado a llevar con buen orden estas faenas. No faltó quien les advirtiese de que que las riquezas de la ciudad habían sido soterradas sigilosamente por los moradores. El *Avancé* enhiestó la oreja. Hacía falta oro para los gastos de la escuadra, oro para justificar tan atrevida expedición, tanta pérdida de sangre. Y dispuso que se encerrase en la iglesia mayor a las esposas de los más ilustres y ricos. Ellas habían de ser las que denunciases los escondrijos del oro. Con ellas aprisionó a doña Teresa, la gobernadora. Si no daban razón de los tesoros ocultos, al otro día serían acuchilladas por la soldadesca.

El rebaño, en vez de apelotonarse medroso, se presentaba impávido, en actitud de defensa. Las cautivas se comunicaban planes. Sólo una dama, la esposa del corregidor, que no se sabe con qué ruegos o astucias había conseguido que no la separasen de su Gilico, un niño de corta edad, y le tenía abrazado, prodigándole caricias, se mostraba temblorosa y aconsejaba la sumisión. Doña Teresa, sin hacer caso de las súplicas de la corregidora, iba de grupo en grupo, animando y enfervorizando a su milicia.

-¡Que nos maten si quieren esos facinerosos! ¡Nada han de saber! Mejor fuera que nos hubiesen dado un mosquete. Al menos, ¡les venderíamos cara la vida! -protestaba la alguacila, que era una virago y soñaba con la gloria de la famosa Catalina de Erauso, de la cual tantas aventuras se referían en aquella ciudad indiana.

-Muy bien habla vuesa merced, señora Garci Ramírez -repuso la gobernadora-. ¡Mosquetes! Apenas sí alcanzaban para los defensores del fuerte... y alguien lo recogió de un muerto... Siempre hay más higados que mosquetes por acá.

Algo susurró en voz baja la Garci Ramírez a doña Teresa... La iglesia tenía una puertecilla disimulada, lateral, por donde comunicaba con un patio rodeado de tapia, en el cual existía una especie de garitón cerrado. Pocos sabían su objeto ni su utilidad. Mejor informada estaba la alguacila, a la vez sacristana y camarera de la Virgen. Aquella garita era sencillamente un polvorín. Previsto el caso de que los moradores se hiciesen fuertes en la iglesia, se habían depositado en el garitón pólvoras y balas en cantidad suficiente, y un revestimiento de hierro pintado protegía contra la humedad el depósito.

-Yo me encargo del asunto -afirmó la Garci Ramírez-. Mecha hay en las lámparas ¡Verán esos ladrones desuellacaros lo que somos las mujeres! Venga, venga ese almirante, que se le hará recibimiento honroso...

Cuchillearon un rato las dos señoras, y poco después se les presentaba Villiers en persona, sudoroso y anhelante, fruncido el ceño y gruesa la voz. Veíase, sin embargo, que el *Avancé* se hacía violencia, que desempeñaba una función para él repugnante ¡Mujeres! Y mujeres como aquéllas, ¡que ni aún tenían miedo! Descubriéndose ante doña Teresa, trató de persuadirla. Que dijese dónde se escondía el oro; que lo confesase, y al punto quedarían en libertad... Si se negaban, muy a pesar suyo... Que pensasen en sus hijitos, en las criaturas que habían dejado en las casas... Él no quería quemar la ciudad, él no quería autorizar el degüello; pero si le obligaban con terquedad censurable... De pronto, su ceño se desfrunció. Una luz brilló en sus ojos y, sonriendo, llegóse a Gilico, que le miraba con inocente admiración y alargaba las manezuelas hacia el puño de la espada del marino. Cariñoso, le pasó las manos por los rubios bucles... Un recuerdo, un parecido, le emocionaban. La madre, instintivamente, lo recogió, lo presentó, como implorando... y la Garci Ramírez murmuró, hosca y furiosa:

-¡Bien hice yo en no traer al mío! Se pone el corazón como una breva. ¡Ea, vamos a darles el susto a estos tunantes!...

De un altarcillo, la alguacila fue a descolgar una lámpara encendida. La mirada de águila de Villiers no perdió tal movimiento. Dio una orden a sus soldados, que tras él se apelotonaban.

-¡Nadie se mueva!... ¡Sujetarme a esa mujer!...

Se precipitaba en la nave el segundo de Villiers, enojado. Nadie declaraba un escondrijo. Los bucaneros murmuraban, pedían castigos, crueldades... Aquel saqueo inútil o poco menos les exasperaba.

Y en el templo se oía a la Garci Ramírez votar como un hombre, entre por vidas y pesias, y a la corregidora llorar con sollozos.

-¡Compasión para este niño! -repetía-. ¡Piedad, señor almirante! ¡Es un niño!

Villiers hizo un gesto... Se inclinó, alzó a la criatura, murmuró algo, estrechándola. ¡Otra tan parecida quedaba allá, en San Malo, esperando la vuelta del aventurero!

Y, como forzado, con entrecortada voz, ordenó:

-Salgan estas damas. No se les haga daño ninguno. La gobernadora primero, y al frente. Con los honores de la guerra...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.